

EL VIVO CON LA CRUZ

Fernando D. González Grueso
Faculty of Humanities & Social Sciences
La Trobe University Australia

ESTUDIO PRELIMINAR

*H*ace ya algunos años encontré entre los cajones de una hemeroteca de nuestra capital un cuento en un periódico publicado en marzo de 1817. Lo dejé arrinconado entre mis notas por no considerarlo especial, cierto es que desde un punto de vista estético es aceptable, y que el entramado estructural es complejo, pero no le atribuí más importancia que esa.

El año pasado, en un curso que impartió la doctora M^a Montserrat Trancos en la Universidad de Barcelona, sobre los cuentos publicados en el segundo y tercer cuarto del siglo XIX en la prensa madrileña, comprendí que ese cuento presentaba especial relevancia, ya que un año antes de la aparición de los primeros cuentos fantásticos de los periódicos de Madrid, este cuento concentraba casi toda la temática que se iba a desarrollar en sus herederos. No así su forma ni estructura.

En ese curso, la profesora M^a Montserrat Trancos afirmó que esos cuentos fueron muy criticados y que incluso se llegó a la censura de algunos de ellos, porque, según se decía, “ocultaban secretas intenciones contra el Gobierno”. Tal vez por eso la mayoría eran anónimos.

Sin mencionar el nombre del periódico que publicó el cuento a tratar, me propongo rescribir dicho cuento en el presente comunicado, queridos colegas, evitando alterar nada en el proceso que no atienda a razones tipográficas¹:

{El viento mece el prado, verdes olas se extienden hasta donde mi vista alcanza. Luce el sol y las nubes inician la carrera por ocultarlo. Es curioso ver como las que navegan a mayor altura ceden terreno a las más bajas, las más oscuras, que pronto se pierden en el horizonte. Los olmos se inclinan y los animales huyen a sus hogares. Se acerca la tormenta.

La melancolía me invade desde este lugar evocando tiempos retoños. La colina se alza majestuosa y desde su cumbre doblé al bosque, última frontera natural que me aísla de la perniciosa civilización.

La suave brisa de un atardecer de verano que trae un placentero olor a tierra mojada, despeja mis pensamientos, los ordena e irremediamente me hace recordar negros

¹ A la persona que le interese el aspecto crítico, próximamente se va a editar un estudio que he realizado sobre este cuento anónimo.

momentos de mi vida pasada. Recuerdo a mi hermano, jovial y risueño de niño, despreocupado y absorto en sus ideas de joven. Como él, yo era hijo de Fernando de Andrades y de Ascensión Ridruejo Sánchez, inmigrantes criados en Cáceres, tejedores y buenas gentes. Nuestra madre nació en el seno de una familia de gloriosos conquistadores venida a menos; nuestro padre era el fruto de la unión de un párroco llamado Juan de Andrades, y de una perdida, de la cual mi padre nunca supo nada. Nuestro abuelo cuidó de él hasta que tuvo la edad suficiente para internarlo en un colegio de jesuitas, entonces lo olvidó.

Están empezando a caer las gotas. Un rayo ilumina el cielo. El trueno se deja oír poco después. He de ir a resguardarme en algún lugar. Tan solo conozco una cueva cercana. Los cabreros suben hasta aquí, hasta estos verdes pastos y en tardes como esta duermen en paz sus horas de vela.

Aún recuerdo aquella noche, aquel sueño. Me alcé lentamente, no sabía dónde me hallaba, me sentía ofuscado, confundido. Giré sobre mí mismo y me vi tumbado, pálido, exhalando mi último suspiro y perdiendo la mirada. Desde entonces temí la caída del sol, temí volver a soñar, de nada sirvieron mis objeciones a mi superstición, me abrumó un temor insondable.

Recuerdo también otra noche. A lo largo del día estudié en mi escritorio sin cesar.

Poco a poco la sombra recorría su lento camino desde el reloj de la pared hasta mi lugar en el cuarto. Llegado el ocaso me levanté a encender la vela y, entonces es cuando lo vi, una luz brillante que bailaba sinuosa desde el rincón del reloj hasta mi mesa, perdiéndose al pie de ésta. De pronto oí un crujido de madera en la ventana. Extendí mi brazo para coger el abrecartas y algo movió los oxidados goznes de la puerta: era pequeño, no más de dos palmos, horrendo y con forma pseudohumana, en sus ojos se averiguaba la ira. Me dijo:

*“Maldito estás, maldita está tu familia
y malditos sois por el pecado de vuestro padre”.*

Me levanté con la intención de estrangularlo, pero no pude, corrió hacia esa oscura caja que guarda el tiempo pasado y venidero, y con un golpe de péndulo desapareció.

Este asunto se clavó en mi alma y sentí la absurda curiosidad humana que nos caracteriza. A la mañana siguiente concerté para el atardecer una visita con el obispo de la capital de mi provincia, e inicié mis indagaciones dentro del seno de mi familia.

En aquellos días mi madre se encontraba muy enferma, el médico nos dijo que podía ser gripe y que si no mejoraba aparecería la pulmonía. Tratamos de cuidarla, empero nuestro empeño no obtuvo su fruto y empeoró. Padre, demasiado ocupado en cuidar a su esposa, no prestó atención a mis preguntas.

Extremadamente preocupado me fui al obispado, donde me recibió su Ilustrísima. En un tono benevolente y supremo, sólo me dedicó estas palabras: “Su abuelo, Señorito, tuvo la desgracia de coger un cáncer en las manos. Nos comunicó su intención de retirarse, pero nuestros rezos por él

dieron resultado y Dios le curó”. Yo le pregunté: “¿Recuerda su Ilustrísima cuándo aconteció el milagro?” “Por supuesto, el día antes de la Noche de San Juan, pues un desafortunado suceso tuvo lugar esa noche: un labriego ateo, con el que tu abuelo discutió ese día, apareció muerto en su casa. Dios se lo llevó al infierno, por su apostasía. Ahora Señorito, quisiera atender a otros buenos cristianos que también desean verme”.

Aquella noche era oscura, fría, y de luna llena, como ésta que prelude. La lluvia ha cesado y el valle, por un momento, ha cobrado un brillo especial. El telón se ha corrido.

Retorné a casa dubitativo, siempre he sido cristiano católico y romano, no obstante no podía creer que en mi familia existiera un acto del Creador. A mi regreso, todo el edificio gritaba y gemía de dolor ante lo que estaba sucediendo. Vi salir a mi madre sobre una tabla de almohadones del salón, pálida, adorable, como una virgen, y junto a ella, Eloisa, la bella Eloisa, mi vecina, mi amor oculto. Mi padre y mi hermano se encontraban dirigiendo el taller y mi madre había desfallecido. Eloisa, que desde días atrás se había mostrado bondadosa, la estaba cuidando esa tarde. Había mandado a un criado a por el médico, Don Hilario, éste convino en que lo mejor sería llevarla al hospital. No pude menos que acompañar a mi querida madre, Eloisa no se separó de nosotros. Una vez instalada en una buena habitación, Eloisa y yo nos sentamos junto a ella. Por suerte, no tardó en dormir su mal, nos levantamos, me acerqué a Eloisa para agradecerle su ayuda y ella unió su mano a la mía en señal de amistad. No pude soltar su suave y blanca piel, ella sonrió y permanecimos como en un sueño, roto al fin por padre y mi hermano. Padre me ordenó volver a descansar. Acompañé a Eloisa cogidos de la mano. ¡Qué contradicción!, mi corazón moría, y renacía una nueva ilusión en él. Nos despedimos con un dulce beso. Aquella madrugada no dormí, abrumado por el pesar, se me olvidaron mi abuelo, el Demonio y Eloisa.

Al amanecer fuimos al hospital, y de camino le conté a Eloisa mi otra preocupación familiar.

Hay momentos en la vida que parece que el destino está escrito, fuerzas irremediables nos encaminan por los oscuros senderos de la verdad. ¿Sabré por qué la tormenta me trajo aquí? Veo una antorcha ascender la colina, ¿quién será? *Siento incertidumbre, la misma que sentí cuando Eloisa me dijo que su abuelo conoció al mío. Le pregunté por su paradero y me respondió que en el Cielo. Le ofrecí el pésame. Ella, dulcemente, agregó que su abuelo también conoció al sacerdote que le sucedió, Don Cosme, quien al poco tiempo abandonó su puesto y con él su fe. Ahora vivía en la pensión de M^a Agustina, al otro lado de la ciudad.*

Mi madre vomitaba sangre de los pulmones cuando llegamos. Padre nos dejó fuera y nos ordenó que regresáramos. Por lo que decidimos visitar la pensión.

Ya no veo la antorcha, se ha debido apagar. Algo acompaña al rumor del viento, no se trata del chapotear de las gotas, ni del tronar majestuoso, tampoco el aullido del lobo, ni el crujir de las ramas, es algo extraño, un susurro.

Preguntamos a una cigarrera que amablemente nos indicó el sitio. Subimos a la tercera planta, allí nos atendió M^a Agustina muy amablemente, nos hizo esperar a Don Cosme en el salón mientras iba a dar el aviso.

Al poco, Don Cosme se sentó junto a nosotros, una vez presentados como el protocolo requiere, le interrogué sutilmente sobre el “milagro”, y lo que aconteció esa noche. También le pregunté su opinión y por la causa de su renuncia. A esto último se negó a contestar. El bueno de Don Cosme me contó que aquel asunto no le pareció ningún milagro, sino todo lo contrario. Me dijo que mi ancestro no se separó de un cáliz que encontró ese mismo día en las catacumbas de la iglesia, incluso exigió que se le enterrara con él y su diario. El obispo accedió a ello pues el receptáculo sagrado no poseía otro valor que el de su antigüedad.

Eloisa y yo partimos a nuestras casas cogidos de la mano. Su madre me invitó a comer, y tras un delicioso postre nos fuimos al hospital. Mi madre se encontraba peor, padre lloraba por dentro, mi hermano no ocultaba su dolor. Entre pesar y pesar pude conocer el paradero de la tumba de mi abuelo. Hasta tal punto llegó mi desesperación. Truculentas ideas calentaban mi imaginación al tiempo que mi madre moría lentamente, sin reposo, cual un pájaro con el ala rota, aterrada. Padre me reprendió por mi comportamiento cobarde y Eloisa me huyó con la mirada, debí asustarles. Permanecí en el hospital ansiando ver ese cáliz y leer ese diario.

Por fin llegó la noche, mi hermano se iría a la fábrica, Eloisa y yo a casa, empero tal no fue mi caso, pues al cruzar la primera esquina expliqué a mi querida el propósito de exhumar el cuerpo de mi abuelo. Ella se ofendió y me rogó que no lo hiciera, me dijo que el calvario por el que pasaba mi madre me estaba trastornando. No la respondí, y me dirigí al cementerio.

¿Es un murmullo lo que oigo? Percibo pisadas, lentas, acompasadas. Son varias personas. Está empezando a escampar, las llamas de mi fuego danzan sinuosamente, el viento ha cesado su caminar y se vuelve con violencia allá a lo lejos, sobre el horizonte lejano, bajo el reinado mayúsculo del techo de nubes.

Aquella noche no llovió. Tras escalar la lozana tapia, llegué hasta el cobertizo del enterrador. El descuido o la suerte permitieron que consiguiera un pico y una pala. Por un momento pensé que me descubriría el vigilante cuando la luz de su candil iluminó desde un ventanuco el interior de la caseta. Pasados algunos minutos decidí salir en busca de la tumba de mi abuelo. Dos o tres horas tardé en encontrarla. Con la ayuda del pico moví la losa de mármol, vi su féretro, lo abrí, y un vaho repugnante me mareó haciéndome caer hacia atrás. Comenzó a llover tenuemente. El cuerpo estaba en un estado muy avanzado de putrefacción, los huesos blanqueaban en algunos espacios una masa entre sólida y arenosa. Había muerto con la boca abierta, tal vez exhalando un último grito. Entre sus largos dedos aparecían; de un lado, un cáliz de hierro, y del otro, un libro. Guardé los dos en un saco sin prestarles atención, seguramente por el miedo a ser descubierto, y me fui hacia la fábrica.

Cerca de media noche era cuando sentí una sombra seguirme, ¿quién era?, ¿qué buscaba?

La calma que hasta ese momento había derrochado en mi aventura nocturna se me escapó, —tal vez sepa lo que he hecho—, pensé. Aceleré el paso, torcí una esquina y alguien me detuvo. Frente a mí hallé a un hombre extraño oculto entre las sombras. Su voz de ultratumba me preguntó: ¿Eres tú familiar de Juan de Andrades? —Le respondí que sí y se dirigió a mí de este modo: —Me llamo Antonio Gonzalo. Soy el padre de la lujuriosa pecadora que se amancebó con Andrades. Ella me confió un secreto que ahogaba su alma: tu ancestro fingió un milagro ante la curia cuando en realidad hizo un pacto con el Diablo. Por eso me asesinó. Pero tu abuelo traicionó al Maligno y éste le maldijo con una muerte dolorosa y el viaje al Infierno. También os maldijo a vosotros, inocentes criaturas, herederos de su desventurado legado. —Un carro pasó a nuestro lado y me salpicó. Pasado el susto busqué con la mirada a la misteriosa sombra, pero se había desvanecido. Acalorado por el largo trayecto entré apresurado en la fábrica, mi hermano me tomó del brazo y me llevó a la oficina. Allí le mostré el saco. Al sacar el cáliz observé su belleza, no pude apartar la vista de él, tenía unas extrañas muescas alrededor en seis columnas, con seis filas por columna y con seis signos en cada línea. Rápidamente mi hermano me arrebató el cáliz, y con un rostro extasiado lo apretó entre sus manos, lo observó, no pudo apartar la mirada de él. Sentí volver de otro lugar cuando el encargado abrió la puerta avisándonos del requerimiento de nuestra presencia en el hospital, por parte de padre. Tomamos un coche.

Nuestra amada madre estaba lanzando sus últimos estertores de vida a nuestra llegada. El médico ladeó la cabeza varias veces, el sacerdote concluía de dar la extremaunción, padre y Eloisa lloraban cogidos de la mano. Yo me quedé paralizado en la puerta, mi hermano entró y se sentó junto a la angelical enferma, arrebató con violencia al padre su agua bendita y llenó el cáliz del límpido elemento. En su rostro se adivinaba la locura, parecía poseído por otro espíritu. Dio de beber a nuestra madre y después sorbió él. La enferma comenzó a toser y a gritar de dolor, corrí hacia ellos y aparté a mi hermano, ella se retorció, me volví hacia mi querido hermano y lo vi enfermo, decrepito, pálido, con los ojos desencajados. Él me miró, le fallaron las fuerzas y calló al suelo, frente a mí, mirándome fijamente, y no volvió a respirar. Padre, Eloisa, el médico y el sacerdote se arremolinaron junto a mi madre, el pastor gritó: —¡Es un milagro!— Sin embargo no era un milagro, la enferma dejó de toser y noté como se incorporaba, yo no pude apartar la vista de los ojos de mi querido hermano.

Mis padres aún lloran la pérdida de su hijo. He arrojado el cáliz y el diario sin abrir al mar, desde las rudas costas de estas tierras del norte, ¡Lo siento hermano, yo provoqué tu muerte!

¿Qué es eso? Un murmullo mayor, un cántico, no son voces, es una melodía creada por el silencio. Veo una hilera de antorchas, no es una, son más de una decena. Sé quienes son, sé a qué han venido aquí, sé que mi destino me liga al de mi familia}.